



José Luís Brandão & Paula Barata Dias (coords.), *O melhor é a água: da antiguidade clássica aos nossos dias*, Coimbra: Universidade de Coimbra, 2018, 282 pp. ISSN: 1282-8814. DOI: <https://doi.org/10.14195/978-989-26-1568-4>

Con el ánimo de volver a reflexionar sobre el valor, la identidad, y la función del agua, en un momento en el que la conciencia de proteger este recurso ha vuelto a ser una de nuestras mayores preocupaciones, las prensas universitarias de Coimbra publicaron en 2018 el monográfico *O melhor é a água: da antiguidade clássica aos nossos dias*, bajo la coordinación de José Luís Brandão y Paula Barata Dias. El compendio cuenta con catorce contribuciones, en español y en portugués, que proporcionan puntos de vista heterogéneos desde la filosofía, la literatura, la historia y la arqueología, y se articula en torno a cuatro secciones.

La primera lleva el título *Água primordial: matrizes filosóficas, literárias e religiosas*. El primer estudio está a cargo de Alberto Bernabé: «El agua primordial, entre el mito y la filosofía»; en él se pasa revista a relatos anteriores a la *Olimpica* 1 de Píndaro (en la que encontramos aquel célebre verso «Lo mejor, el agua»), en los que el agua tiene el papel primordial en el origen del mundo. Entre los mitos (una indagación íntimamente relacionada con lo filosófico, como no puede ser de otra manera), destaca el caso de Tetis (agua salada) y Océano (agua dulce) como dioses primordiales, un postulado que nos acercaría, a su vez, al mito babilonio de Apsu y Tiamat que se conocía en Grecia y al que alude un discípulo de Aristóteles. Otro postulado es el de Hesíodo (quizás uno de los más arraigados), que presenta a Océano como uno de los seis Titanes, y a Tetis como una de las seis Titánides. El agua tiene también un papel primordial en la creación de los seres humanos como la combinación de tierra y agua, como figurillas de barro (una idea que Jenófanes elevará posteriormente), aunque Bernabé subraya que Hesíodo reduce este mito al origen de la primera mujer. En la teogonía órfica, el poeta da a Tetis y a Océano cierta preeminencia como padres de los dioses y podría considerarse como una incrustación de la versión homérica en la de Hesíodo. Entre las propuestas filosóficas, Bernabé menciona la de Tales de Mileto (que, según Aristóteles, afirma que «todas las cosas vienen del agua»), la de Jenófanes (que habría considerado que agua y tierra son los componentes de todo lo que genera y crece) y Empédocles y Anaxágoras (se refieren a los cuatro elementos como principio de todo –el primero–, y el agua pierde protagonismo para convertirse en un elemento más de muchos –en el segundo–). Bernabé aporta datos de estudios que analizan sendos postulados filosóficos, los cuales permitirán, al curioso lector, profundizar aún más en el tema. Destaca una reformulación mítica con fuerte influencia filosófica: la Teogonía órfica de Jerónimo y Helánico de la que contamos con apenas dos testimonios indirectos en los que se postula el agua como unidad en el principio, de la cual emana la tierra (ambos asexuados) y de ambos se forma el Tiempo y la Necesidad. En el vaivén de mito

y filosofía, el autor demuestra, una vez más, que las propuestas míticas dan lugar a propuestas filosóficas, «que influyen en las míticas y que interpretan filosóficamente viejas formulaciones del mito».

El segundo estudio gira en torno al verso que inspira el título del compendio: «Lo mejor es el agua». Fernando García Romero recuerda que desde el siglo II a. C., y gracias a Aristófanes de Bizancio, el libro de las *Olímpicas* se configura en el orden que hoy conocemos de los textos, y se abre con el enigmático verso y fuente de discusiones desde la Antigüedad: ἄριστον μὲν ὕδωρ, una afirmación que responde al cuestionamiento de la cultura arcaica de qué es lo más bello, lo más justo, lo mejor. Entre las propuestas de distintos poetas de época arcaica y clásica a este cuestionamiento, que García Romero cita, destaca el de Safo, para quien ‘lo mejor’ no es un valor objetivo, sino subjetivo: «lo que uno ama». En cuanto a la debatida afirmación de Píndaro, el autor propone su interpretación al respecto. Se refiere inicialmente a la interpretación cosmológica, siguiendo a Tales (el agua como principio de las cosas) y a Homero (Océano como origen de los dioses), presentando al agua como el mejor de los cuatro elementos, en paralelo con los cuatro Juegos Panhelénicos (de modo que los Olímpicos serían los mejores de estos cuatro). Luego, García Romero considera, antes que la de filósofo, la condición de poeta de Píndaro, que compone versos para una celebración deportiva (pero se refiere muy pertinentemente a lecturas que insisten, con exceso quizás, en lo exclusivamente poético). Pone también énfasis en el contexto en el que se lee el epinicio, ante un público siracusano en el que no cabe considerar ningún tipo particular de perspicacia, de modo que la afirmación sería más bien la constatación de la necesidad fundamental del agua para todo ser. Con esto, García Romero subraya la dimensión social de la afirmación pindárica desde la poesía, considerando el agua como elemento esencial para la supervivencia. En este sentido, la secuencia agua-oro presente en las *Olímpicas*, vendría a reflejar que el agua es esencial para vivir, pero el vivir no es suficiente; el oro (como expresión máxima de riqueza) nos permitiría vivir bien, pero es esencial el uso correcto de las riquezas: participar en las competiciones de Olimpia; y la victoria olímpica nos permitiría alcanzar la gloria. Como argumentación final de su interpretación, y a modo de ejemplo, García Romero hace un paralelo con los versos de un controvertido texto de Baquílides, que celebra la victoria olímpica de Hierón.

El tercer estudio gira también en torno a Píndaro: «La significación del agua primordial en Píndaro *Nemea VIII*». En él, Ana María González de Tobia parte de la idea de que el agua aparece como entidad ancestral y como figura preexistente a la creación pero no como entidad iniciadora y destaca dos ideas que se asocian al elemento: lo que está sin consistencia y la fertilidad y fuerza de generación. Subraya que en la tradición helénica no cabe pensar en una significación constante del agua, de modo que va a referirse a una de ellas a través de un comentario de la cosmogonía pindárica que se encuentra en uno de sus epinicios, la *Nemea VIII*, compuesto en honor a Dinias, no sin antes recordar que si bien el mito nos ha llegado a través de la literatura y el arte, forman parte de contextos sociales más generales. González de Tobia hace alusión a los rasgos de un Homero pre-clásico en la oda (refiriéndose a elementos coexistentes en la poesía de Homero y de la de Hesíodo). Un ejemplo de ello vendría a ser la frescura del rocío como imagen perfecta de la naturaleza que está más allá de la glorificación del vencedor en los juegos que es encomiado en los versos.

La última contribución de esta primera parte está a cargo de Paula Barata Dias: «As águas que matam e as águas que salvam: a ambiguidade da água nos textos bíblicos». La estudiosa analiza la simbología del agua en algunos episodios bíblicos vetero y neotestamentarios partiendo del principio de que el discurso bíblico de las aguas no es unívoco y uniforme, sino más bien complejo, matizado e incluso ambivalente, pues se transforma como se transforman la memoria y la cultura de los pueblos. Se refiere a narraciones bíblicas que forman parte del acervo cultural occidental, tanto en el Antiguo Testamento (el diluvio, la travesía del Mar Rojo, Jonás), como en el Nuevo (el bautismo de Jesús, que una vez que sale de las aguas se convierte en Cristo, el «ungido»; la transformación del agua en vino en las bodas de Caná; de cómo Jesús se sirve de su saliva para curar a ciegos y mudos; el caminar de Jesús sobre las aguas; la pesca abundante tras la resurrección, etc.). Considera que a través de las manifestaciones del agua como elemento en la Biblia se puede percibir un diálogo interno que puede servir de indicador de un uso más allá de lo casual. Para fundar su propuesta, expone, en una primera parte, la presencia del agua en la geografía del mundo bíblico: tres grandes conjuntos de agua y tres cuencas fluviales, que rodean una estrecha franja, que serán testigos de los movimientos históricos de los hebreos de forma casi pendular. Barata Dias destaca oportunamente que la migración hebrea se hace por tierra, que la pesca es una actividad de agua dulce y que el encuentro con el Mediterráneo está más bien presente en los Hechos, las Epístolas y en el Apocalipsis. En una segunda parte presenta una tipología del agua aniquiladora y salvadora, como llave hermenéutica de lectura y símbolo tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Indaga en las aguas del Génesis, incluso anteriores a Dios, para destacar en qué medida se diferencian éstas del mar. Con lucidez pasa a referirse al diluvio como segunda creación y restauración de la unidad primordial de las aguas y llega a una sugerente propuesta: el valor del agua en los textos bíblicos es controvertido pues no sólo el elemento acuático no es una creación de Dios, pues coexiste con él, y además los seres que habitan en el agua, que son criaturas de Dios, no fueron exterminados con el diluvio y son, por lo tanto, resultado de la primera creación. La exégesis va más allá, especificando que los animales del Arca también resultan de la primera creación, aunque, es cierto, son ejemplares únicos de cada especie, contrariamente a los acuáticos, que vendrían a ser todos (sin selección previa) de naturaleza prediluviana. Por otro lado, las aguas de Jonás resultan más bien hostiles, y la ballena, antes que enemiga, lo protegerá de ellas y lo mantendrá a salvo durante tres días sin digerirlo. La destrucción y la creación serían realidades paralelas a través del agua en los cánticos de júbilo de Moisés, y lo serían también a través del agua del bautismo, que simboliza el fin de una existencia y el inicio de una nueva. Llama la atención que en el análisis de los versos bíblicos veterotestamentarios la autora haga referencia constante al griego y se sirva de él, sin hacer alusión alguna al arameo, y parece hacer uso de los términos judío y hebreo de manera indiferenciada; no obstante, estos dos puntos aparecen como detalles de escasa importancia ante el sesudo análisis global que ofrece el trabajo.

La segunda sección del compendio se concentra en la literatura: *Espaços de Água: cenários e metáforas em desenvolvimentos literários greco-latinos*. El primer trabajo es obra de Concepción López Rodríguez: «Las aguas del mar en *Edipo Rey* y *Edipo en Colono* de Sófocles», un trabajo que puede encontrarse también, en la misma versión (salvo por algunos cambios de puntuación o enmiendas de erratas),

en la revista *Humanitas* nº 67, de 2015. En él se expone en paralelo el mar real y el mar imaginario en Sófocles y el uso del mar en relación con el personaje de Edipo en dos momentos distintos de su vida. López Rodríguez subraya que en *Edipo Rey* no se hace uso de ningún término que designe específicamente al mar hasta que Edipo no se saca los ojos, lo que no deja de ser bastante significativo. Los términos que se emplean dan cuenta, más bien, del estado tormentoso y tenebroso del mar, cargado de enfermedad a imagen de la ciudad de Tebas. Para argumentar su hipótesis, la autora se detiene en términos presentes en diferentes fragmentos que cita: *σαλεύω*, con destacado uso marítimo, que se refiere al movimiento, pero que expresa también el ser azotado por las olas en este caso; *ἀνακουφίζω*, que alude al alivio, al hecho de poder tomar un respiro del mal que nos ahoga; y *χειμάζω*, que puede referirse al punto más álgido de una enfermedad o a la tormenta en alta mar. En *Edipo en Colono*, la autora se concentra en el lugar que ocupa Poseidón en la obra y, a través de la descripción y las alusiones que se hacen a él, subraya la armonía que representan las aguas que acogen a un ya viejo Edipo que se acerca a la muerte.

El segundo estudio está dedicado a Aristófanes: «A simbologia da água e do fogo no párodo da *Lisístrata* de Aristófanes: uma encenação do grupo de teatro Thíasos». Elisabete Cação dedica su breve aporte a la interpretación dramática. Lamentablemente no podemos tener noticia de las representaciones de *Lisístrata* a las que hace referencia inicialmente, puesto que el enlace que pone a disposición (cuya última consulta data de 2013) ya no está vigente. Cação inicia su trabajo con la contextualización de la obra a través de referencias a la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides. Se refiere a la escenificación que propone de *Lisístrata* con agua y fuego como elementos contrarios que representan a mujeres y hombres respectivamente; así, cuando los hombres amenazan con incendiar la Acrópolis, las mujeres se acercan a ella llevando cántaros de agua y establecerían, a través de este gesto, un cruce entre lo doméstico y lo político, como había señalado ya Carlo Ferdinando Russo, en quien se apoya Cação. Se refiere a las elecciones de escenificación que hizo la autora con respecto a los cántaros y a las antorchas de fuego; sin embargo, en la escena de enfrentamiento entre hombres y mujeres no explica por qué, por ejemplo, decide traducir ὄρχις (“aceituna” y, en sentido figurado, “testículo”) por tomates... Tal vez la descripción de escenificación propuesta por Cação hubiese sido mejor bienvenida acompañada de imágenes. Por otro lado, la referencia al agua parece casi circunstancial.

El tercer artículo de esta sección viene a cargo de Antonio Alvar Ezquera: «El mar en la *Eneida*». A través de una lectura metódica de la obra de Virgilio, Alvar distingue más allá de una docena de términos que designan el mar en la *Eneida*. Con el sustantivo común *mare*, coteja los adjetivos sustantivados *altum* y *profundum*; *aequor* (‘la llanura’) en singular y en plural para subrayar su condición plana; el helenismo *pontus* (πόντος ‘el puente’) con el que se designa la condición del mar no como espacio de separación, sino como vía de unión; *pelagus* (πέλαγος, mar abierto); *gurges* (‘garganta’, para referirse a los remolinos y a su carácter letal); los sustantivos *unda* / *fluctus* (‘la onda’, ‘el oleaje’, para designar el movimiento); *vadum* / *fretum* (‘el paso’, ‘el mar poco profundo’, ‘los bajíos’ / ‘el estrecho’, ‘el mar entre tierras’), en oposición a *altum* / *profundum*; *aestus* («designa tanto el movimiento de las llamas como el permanente movimiento de la superficie del mar, al igual que el brillo y el calor»), para referirse al calor intenso y, en ocasiones, opuesto a *aequor*; *stagnum*, que no designa, como se podría esperar, el mar ‘estancado’, sino el mar

agitado; el sustantivo *barathrum*, como ‘la profundidad abisal del mar’ (semejante a *gorges*); los sintagmas *spuma (salis) / mons (aquae) / tanta molis*; *sal / salum* (‘sal’ y ‘mar agitado’); *aruum* (relacionado semánticamente con *arare*); *marmor / marmoreus* (subrayando «la suave textura y el brillante aspecto de la superficie del mar en calma o pero [sic] también la blancura emanada de la espuma de las olas»); el adjetivo del color azul *caerul(e)um* y, finalmente, *oceanus*, no para referirse a la divinidad (Ωκεανός) sino exclusivamente para designar el mar. Gracias a este despliegue léxico que hace Alvar de la obra literaria apreciamos mejor la sorprendente creatividad del poeta de Mantua: «el mar puso a prueba la capacidad creativa de Virgilio y Virgilio supo estar a la altura de ese inmenso reto». Este estudio permitirá, sin duda, abrir nuevos caminos de análisis léxico en obras posteriores que se inspiraron en la *Eneida*, de las que tantas contamos en el Siglo de Oro, por ejemplo.

El último trabajo de la segunda parte está dedicado a Séneca: «A Água em cenários grotescos das *Naturales Quaestiones* Senequianas». En él, Paulo Sérgio Margarido Ferreira se refiere primeramente a la relación entre las palabras gruta y grotesco, y a cómo la forma femenina se referiría a las decoraciones descubiertas en la *domus aurea* que Nerón mandó construir en Roma en el año 64, tras el gran incendio de la ciudad. Margarido Ferreira se refiere a la situación geográfica de la *domus*, a la influencia arquitectónica y a las decoraciones que la ornamentaban. En cuanto a Séneca, considerando que muere en el 65, la referencia que hace en *Nat.* 6 a un terremoto en Campania sugiere que la composición de su obra data de mediados del 62, de modo que si bien no había conocido las cámaras subterráneas de la *domus aurea*, reconoce que las cavernas eran una dádiva de la naturaleza para el afortunado hombre primitivo. A partir de este punto, Margarido Ferreira hace una larga, aunque interesante, digresión: se refiere a los espacios apacibles, rodeados de árboles y jardines, relacionados con la reflexión filosófica, un *locus amoenus* contrario al *locus inamoenus* al que no se hace especial referencia en los textos y cuya ausencia hace difícil una posible sistematización de la presencia del *horridus* o del *terribilis*. Recuerda que Rossana Mugellesi es una de las primeras en considerar el mundo subterráneo en las tipologías *inamoenae*, refiriéndose a la oscuridad de los bosques infernales y al posible proceso de negación de determinadas características del *locus amoenus* para acentuar los efectos dramáticos. A partir de ahí, Margarido Ferreira coteja una serie de obras de la Antigüedad en las que evidencia la referencia al submundo como contraposición al mundo perceptible, destacando, en paralelo, los estudios actuales al respecto. Solo entonces se refiere a las grutas en Séneca, empezando por sugerir una posible influencia de Lucrecio, destacando la presencia de ríos, charcos y lagos en estos espacios. Si bien los seres que los habitan fueron posteriormente descritos como *monstruos*, en el sentido de híbridos, no hay vestigios de tales en las *Naturales Quaestiones*, no son híbridos para Séneca, sino grotescos: animales deformes porque son concebidos en una atmósfera espesa y en aguas malsanas debido a la inmovilidad, y ciegos debido a la falta de luz. Margarido Ferreira destaca la inversión grotesca que hace Séneca de estos peces para criticar el desorden de las cosas humanas y considera que la irónica crítica apuntaba a los proyectos megalómanos de Nerón. De esta manera Séneca llega a proponer la sustitución del género humano, la superposición del agua y del fuego y la transformación de la tierra en líquido. Con todo lo expuesto, el autor concluye afirmando que lo grotesco es el nexo entre la dimensión científica, la filosófica, la retórica y la moralista en las *Naturales Quaestiones* de Séneca.

La tercera sección del compendio se centra en otros campos distintos a los anteriores: *A Água e a cidade: fontes histórico-biográficas e arqueológicas*, y se abre con la contribución de José Luís Brandão, que se refiere a los «Jogos de água na Roma dos Césares: violência, erudição e exotismo». Considerando que el juego más suntuoso era el de la naumaquia, el estudioso reseña las naumaquias de las que tenemos noticia hasta la fecha. La primera, en el año 46 a.C., que celebra el triunfo de César contra la Galia, Egipto, el Ponto y África, de la que nos dice Suetonio que contaba con 4000 remadores y 1000 combatientes de cada lado, aunque el lugar terminó siendo enterrado o por razones religiosas o de salubridad, para evitar los efectos nocivos del agua estancada. La siguiente fue la representada en un lago artificial cercano al Tíber y fue organizada por Augusto; en ella combatieron cerca de 3000 hombres en una extensión de 360 metros. La mayor fue la que organizó Claudio en un lago natural para celebrar la inauguración de una gran obra de ingeniería de drenaje del lago Fucino. Nerón habría añadido al escenario animales marinos y habría inundado un teatro, en el que se representó la batalla de Salamina. Otras naumaquias serían las de Tito y Domiciano en el Anfiteatro Flavio. Brandão se refiere a los estudios sobre estos casos: los más reticentes se refieren al agua como una ilusión escénica y otros consideran que los espacios realmente se llenaban de agua y que por eso se habría tratado de construcciones con cuencas y galerías subterráneas. En el estudio también se da noticia de una naumaquia que se llevó a cabo en el mar, la de Sexto Pompeyo en 40 a.C., en el estrecho de Mesina; y de una naumaquia en miniatura a la que se alude en las *Epístolas* de Horacio. Por otro lado, entre otros “juegos de agua” Brandão coteja la exhibición de Augusto de cocodrilos, la obsesión que tenía Calígula con el agua y el banquete acuático de Tigelino, para luego referirse a las características de cada uno de estos juegos no solo a través de textos de la época sino con el sustento de estudios actuales.

El segundo aporte de la sección está a cargo de dos especialistas, Rui Morais y Lázaro Gabriel Lagóstena Barrios, y versa sobre «A água na cidade romana: perspectivas de investigação. O caso de *Bracara Augusta*». Considerando que la investigación sobre el agua en la Antigüedad se apoyaba, sobre todo, en fuentes literarias y epigráficas, el interés de los estudios por los procesos económicos permitió constatar el papel esencial del agua en actividades extractivas o de producción, y Morais y Lagóstena censan las perspectivas de investigación que han dado luces al respecto: la jurídico-legislativa, la de la historia de la ciencia, la de la técnica y de la administración, de la ciudad y de la ideología, de la arqueología y de los elementos de los acueductos, la analítica, la del territorio y el recurso de su apropiación, y la perspectiva desde los espacios ribereños. Con estas herramientas, dedican su trabajo a la ciudad de Braga, la romana *Bracara Augusta*, y aportan una serie de datos acompañándolos de grabados, diseños esquemáticos, fotografías y reproducciones en 3D que son de gran ayuda para el lector que busca una percepción adecuada de lo que se apunta en la investigación.

El siguiente trabajo, a cargo de João Pedro Gomes, cierra la sección arqueológica y se dedica a la ciudad cuyas prensas acogen este compendio: «O “Aqueduto do Real Mosteiro de Santa Clara”: Aspetos da Construção de um aqueduto no Final do Século XVIII». El establecimiento de la Orden de Santa Clara y de la Orden de San Francisco fue crucial en el desarrollo urbano de Coímbra. Gomes da cuenta de la construcción del Complejo monacal de las clarisas, desde sus primeras tentativas en el siglo XIII, una construcción que se prolongaría hasta el último cuarto del

siglo XVIII; se refiere al proyecto de Manuel Alves Macombo, al planeamiento del acueducto, a las alteraciones y adaptaciones del mismo a través de un trabajo pormenorizado que da cuenta de las personalidades relacionadas con el proyecto y los obstáculos físicos, topográficos y geológicos con los que se encontró el arquitecto; todo ello gracias a la consulta de manuscritos de la Biblioteca General de la Universidad de Coimbra y al trabajo al respecto que publicara Craveiro a principios de los 90. La transcripción de los textos del siglo XVIII que se citan en el trabajo siguen la norma paleográfica, pero hubiese sido de agradecer una modernización del texto para facilitar la comprensión de quienes no manejamos el portugués de la época, sobre todo considerando que no se trata de un trabajo lingüístico que concentre su interés en la lengua empleada en el XVIII. Si bien la relación con el agua es intrínseca, el trabajo representa una contribución sobre todo a nivel de la Historia del Arte.

La cuarta y última sección del compendio lleva el título *Águas novas: a Tradição Humanista e contemporânea*, y se abre con el trabajo de Susana Hora Marques «Representações da água na celebração de um enlace real: o carne *Proteu* de Manuel da Costa». La autora retoma en parte una publicación sobre el tema, publicada en 2015, y se concentra en uno de los epitalamios que edita y traduce en 2005; se trata de la composición neolatina de Manuel da Costa, de 1553, para conmemorar el matrimonio del príncipe Juan, heredero de Juan III de Portugal, y Juana de Castilla, hija de Carlos V, un canto nupcial en hexámetros cuya fuente de inspiración se halla en la Antigüedad. En el trabajo, la autora da cuenta de la presencia del agua a través de alusiones a las divinidades que habitan en ella, de los espacios geográficos o de las embarcaciones que la surcan. Recuerda brevemente la influencia virgiliana en la producción poética de la época y parafrasea el poema que transcribe luego *in extenso*.

La siguiente contribución, a cargo de Carlota Miranda Urbano, también se ocupa de un poema: «Entre fogo e água. Real e simbólico na representação literária do martírio (*Paciecidos* de Bartolomeu Pereira, Coimbra, 1640)». Tras una breve introducción sobre el martirio y los mártires en el cristianismo, se refiere a la epopeya del jesuita B. Pereira sobre los mártires y cristianos japoneses después del edicto de expulsión de 1614, concretamente sobre el martirio del padre Francisco Pacheco, héroe del poema, presente desde el grabado que antecede a la obra, donde se lo ve entre las llamas del fuego y las olas del mar. Ambos elementos, símbolos elocuentes de sacrificio redentor, están presentes en la epopeya *Paciecidos*, en la línea de la tradición literaria celebrativa del martirio, donde la estudiosa sitúa a Prudencio o Walafrido Estrabón, por ejemplo. Miranda Urbano cita algunos pasajes del poema en los que fuego y agua están presentes como objeto de deseo para la consumación del martirio, como comunión plena de los héroes y como símbolo de gloria. A través de ellos muestra cómo se lleva a cabo la gesta épica con el fuego del amor y el agua como fuente de vida.

El compendio se cierra con el trabajo de Ana Seiça Carvalho sobre un escritor portugués del siglo XX: «Vergílio Ferreira: em nome das águas dos rios, do mar e da chuva». Tras una presentación somera de la novela *Em nome da terra*, se refiere al bautismo que se lleva a cabo en ella como símbolo de creación, a los baños en el mar de los dos enamorados protagonistas y a la relación que se puede establecer con el tiempo presente a través de la playa y a las aguas del baño como aguas purificadoras. Por otro lado, se refiere a la lluvia como forma de reflexión y revelación

del *yo* y como experiencia de melancolía y de paz, sirviéndose de una serie de citas presentes en varias obras del autor, tratando de demostrar la transversalidad de elementos en la obra de Ferreira. El exiguo artículo desmerece en cierta medida la globalidad del compendio que, por otro lado, cuenta con excelentes aportes desde la Antigüedad, desde la filosofía, la literatura y la arqueología. La calidad de la mayoría de los trabajos, la esmerada edición y la accesibilidad del volumen en línea auguran su rápida difusión; espero que los algoritmos y los IPs no representen un obstáculo para ello.

Tatiana Alvarado Teodorika  
Academia Boliviana de la Lengua  
t.alvaradoth@gmail.com